

Importancia científica y ecológica de la anatomía comparada

## El uyuyui y el jijijí, dos pajarracos sudamericanos

De *Manual del ecologista coñazo*, de Alfonso Ussia, Temas de Hoy, Madrid, 1992

### El uyuyui (*Testiculis immensis amazoniae*)

Ave insectívora que vive en los pedregales del Amazonas, de cuerpo pequeño y vuelo extraordinariamente rápido. Su principal característica es el tamaño desmesurado de sus testículos, que pesan y abultan el doble que el resto de su cuerpo. El apelativo «Uyuyui» proviene de los indios curuníes, sagaces observadores de la selva y sus circunstancias. El uyuyui, que puede alcanzar en vuelo rasante la velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora, toma tierra sobre los pedregales y al entrar en contacto sus huevos con los guijarros le produce un dolor tan agudo que se ve forzado a gritar: «¡Uy, uy, uy!» para mitigar su desazón. De ahí su nombre original y por el que se le conoce en todo el mundo.

Existe otra versión del uyuyui amazónico, que es el uyuyui del Orinoco (*Testiculis immensis orinoqui*), de similares características a simple vista, aunque muy diferente en sus hábitos y forma de alimentación. El uyuyui del Amazonas se alimenta exclusivamente de cuantos insectos encuentra desprevenidos durante su vuelo, mientras que el uyuyui del Orinoco es carnívoro. Para cazar sus presas –jaguales, especialmente–, se lanza sobre ellas y, al llegar a su altura, con un movimiento muelle de sus enormes testículos, les golpea la cabeza produciéndoles instantáneamente la muerte.

El uyuyui, lo mismo el del Amazonas que el del Orinoco, calma los dolores y heridas de sus huevos exponiéndolos a las lluvias torrenciales. Cuando llueve, todos los uyuyuis salen a los descampados o zonas deforestadas de la selva, se tumban de decúbito prono, abren las patas con absoluta desverguenza y ofrecen sus descomunales testículos a la lluvia que limpia y desinfecta sus rozaduras, cicatriza sus heridas y alivia sus sufrimientos.

En la época seca, los uyuyuis efectúan la misma operación colocándose bajo las cascadas, cataratas y saltos de agua, si bien los riesgos son



mayores por su escaso sentido nadador.

Su caza –con los testículos de un uyuyui puede comer una tribu entera– está prohibida en Brasil y Venezuela, y permitida desde junio a noviembre en Perú y Ecuador.

### El jijijí (*Falco observatus cachondis*)

El jijijí es una especie de halcón que sólo se puede encontrar en algunos puntos de la Amazonia y selvas de las Guayanas. El jijijí es una rapaz observadora, que apenas se alimenta y permanece en las copas de los árboles horas y horas, y hasta días y días, en espera de acontecimientos.

Debe su nombre a los indios curuníes, grandes conocedores de la selva y sus circunstancias. El jijijí se llama de esta manera por los sonidos que emite cuando contempla los aterrizajes de los uyuyuis. Su pico, curvado como el de un azor europeo (*Accipiter gentilis*), está dotado de dos

comisuras flexibles, como de goma, que posibilitan la sonrisa cuando los uyuyuis aterrizan.

Cuando este fenómeno se produce, su voz habitual –«garr-garr» en los machos, y «grierr-grierr» en las hembras– se convierte en un «jijijí» común, chispeante y contagioso, de gran repercusión selvática. Cuando el uyuyui toma tierra excesivamente acelerado, el jijijí ríe de tal guisa que debe utilizar sus alas para secarse las lágrimas al tiempo que, simultáneamente, se mea. De allí que los zoólogos de principios de siglo –Mortenson, Pironio y Flimburg (nos referimos a Alan Flimburg, no a Jerome Flimburg)– le bautizaran como «halcón orinado del Amazonas», apodo que ha ido perdiendo paulatinamente.

El jijijí se alimenta de pequeños roedores, y su carácter es incompatible con el de los guacamayos (*Arará arará*), a los que aborrece, y viceversa.

Su plumaje es pardo-amarillo y los profanos pueden confundirlo con un simple halcón. Ama muchísimo a su madre y vive alrededor de quince años.

### Ironías de la fecundidad

## Historia de una paternidad presunta

De *Arsenal de balas perdidas*, de Manuel Vicent; Editorial Anagrama, Barcelona, 1988.

**Presentamos en este número una de esas situaciones que Manuel Vicent, columnista del madrileño diario *El País*, sabe contar con unos pocos trazos. Esta vez se trata de un honrado director comercial que creía ser padre prolífico, hasta que...**

Era una mujer dulce y fértil. En seis años de matrimonio le había dado cinco hijos, a los cuales este director comercial adoraba. Solía hacer largos viajes por razones de trabajo, pero cada fin de semana, de regreso al hogar, siempre encontraba a la esposa abierta al amor, y entonces él cumplía con el reglamento cristiano como un honrado padre de familia. Cubría a su señora en sábado, sin píldoras ni preservativos; ambos iban a misa bien acicalados, luego compraban pasteles y en la tarde del domingo el hombre se ponía a gatas sobre la alfombra y jugaba con



los niños mientras ella contemplaba la escena desde el sofá, en bata, bordando un almohadón.

¿Acaso existe otra imagen de la felicidad? Aquella mujer parecía una coneja bíblica, puesto que estaba de nuevo embarazada; y aunque él había deseado tener mucha descendencia no era exactamente Abraham, sino un simple director con ingresos muy medidos, de modo que pensó en secreto tomar algunas

medidas para frenar aquel útero tan absorbente. Ella se negaba a usar métodos anticonceptivos en nombre del Papa-rey.

Durante uno de sus largos viajes al extranjero, habiendo dejado en casa a su dulce pareja rodeada de criaturas, el hombre consultó con un médico especializado en el ramo de espermatozoides. Quería hacerse una vasectomía. No había ningún problema, pero antes tuvo que someterse a ciertos análisis y éstos dieron un resultado absolutamente cruel. Se negó a aceptarlo. Para salir del asombro realizó nuevas pruebas científicas en distintos laboratorios, y todos coincidieron en el diagnóstico. La operación quirúrgica no tenía objeto, ya que este director comercial era estéril y siempre lo había sido. Cuando el hombre regresó al hogar fue recibido por un tropel de niños y vio a su dulce esposa embarazada que le esperaba en bata, bordando un almohadón en el sofá. La miró sin hablar, duramente a los ojos, y descubrió en el fondo de ellos idéntica ternura. Ella se levantó con una mano en los riñones y le preparó otra amorosa tortilla.